

## AGENDA CIUDADANA

### EL PRINCIPIO DE ORDEN IMPERIAL Y SUS LIMITES

Lorenzo Meyer

**El Papel de los Imperios.**- En teoría, el sistema internacional está conformado por estados soberanos y en la política entre las naciones el orden no cuenta con un mecanismo de autoridad similar al que existe dentro de cada estado. Es por ello que, también en teoría, lo que domina y explica el comportamiento de las unidades del sistema mundial es la anarquía: cada quien se conduce frente al resto según sus intereses. Sin embargo, la historia y la práctica cotidiana nos dicen que en la relación entre las naciones o las organizaciones que les antecieron en el pasado, hay una buena dosis de orden. El corazón de ese orden, en la medida en que éste ha existido, han sido los imperios: la paz romana, la paz británica o la actual paz americana, son algunos de sus ejemplos. Se trata de órdenes muy imperfectos, nunca realmente pacíficos y siempre injustos, pero son los que han sido.

El sistema internacional de nuestros días, en su esencia, no es muy diferente de lo que fue en el pasado. Quizá la característica peculiar de la situación actual es que sólo hay una gran superpotencia –Estados Unidos– y que ésta es realmente mundial. A querer que no, todos los actores internacionales están hoy obligados a observar o al menos tomar como punto de referencia el tipo de orden que Estados Unidos desea imponer, incluso los que lo desafían o se proponen transformarlo.

Para entender lo que es hoy el principio de orden a nivel internacional, tenemos a la mano al menos tres situaciones muy contrastantes y que, a manera de ejemplos, ilustran y resumen la naturaleza de los tiempos. Esas situaciones son los juegos olímpicos en Grecia, el genocidio en marcha en el Sudán y, sobre todo, la lucha de las varias facciones políticas en

**Irak, en particular la de los radicales chiítas, que con el choque directo pretenden elevar el costo de la ocupación de la antigua Babilonia por Estados Unidos y su treintena de aliados.**

**La Olimpiada.- Desde sus orígenes hace 2,800 años y hasta la desaparición de la URSS hace apenas tres lustros, los juegos olímpicos resultaron ser, entre otras cosas, un civilizado y temporal sustituto de la guerra entre las comunidades de las que provenían los participantes. En efecto, y aunque hoy se sostenga lo contrario, el espíritu olímpico original no obedecía al principio de “lo importante no es ganar sino competir”. Desde entonces y hasta el día de hoy, las reacciones colectivas de los pueblos nos dicen que lo importante ha sido obtener la victoria, pues lo que movió a los atletas originales fue una importante recompensa material y contribuir a la mayor gloria de su patria. No había honor en la derrota. Exactamente lo mismo puede decirse de esos juegos en vísperas de la II Guerra Mundial o durante los años de la Guerra Fría; el enfrentamiento en el estadio no era sólo ni principalmente entre atletas, sino entre países y sistemas políticos que buscaban hacer patente la superioridad de sus principios y formas de organización. En este 2004, los juegos olímpicos han dejado de ser una lucha simbólica entre sistemas que aspiraban a la dominación mundial, pero siguen siendo un enfrentamiento entre naciones y políticas, como lo hizo patente, entre otras cosas, la gran ovación a la delegación de Irak el día de la inauguración.**

**Como sea, a Estados Unidos y a sus aliados les interesa sobre manera que el encuentro de atletas en Grecia sea un ejemplo exitoso de colaboración y de relativa armonía entre las naciones y que contraste con la posición del gran adversario del orden establecido: al Qaeda, la organización islámica y terrorista de carácter internacional. Para al Qaeda, cualquier escenario donde hoy esté puesta la atención del mundo, puede ser una buena arena de confrontación con su enemigo global: Estados Unidos, a quien ven como los**

nuevos cruzados, herederos de los que combatieron entre los siglos XI a XIII contra los musulmanes en Tierra Santa. La lógica anterior explica el gran esfuerzo de los anfitriones y de la OTAN por garantizar la seguridad y buen desarrollo del magno encuentro mundial de atletas. Atenas y Grecia fueron convertidas en una fortaleza por tropas griegas y de otros 15 países más. Se trata de garantizar y sostener el actual principio de orden contra su enemigo principal: el radicalismo islámico. Hasta el momento de escribir estas líneas, las cosas han marchado bien en la península griega.

Sudán.- Uno de los grandes contrastes con el éxito en la olimpiada en Atenas lo ofrece la tragedia del Sudán, donde miles de habitantes de la miserable región de Darfur – frontera con Chad-- son víctimas de la acción represiva de su gobierno en Jartum. En efecto, como resultado de viejos abusos del poder central, a inicios del 2003 estalló en esa región una rebelión que las autoridades centrales decidieron combatir de manera despiadada, empleando para ello a grupos paramilitares. En los últimos 18 meses, ese conflicto ha arrojado un saldo de 50 mil civiles muertas más el éxodo de un millón de personas que hoy son refugiados y donde están sobre representados las mujeres y los niños. Muchos de estos refugiados están ya muriendo de hambre, pues la ayuda internacional que están recibiendo es menor del mínimo necesario. Hoy, y en el mejor de los casos, ya se sabe que en los meses por venir el número de los que habrán de morir asciende, al menos, a 300 mil. Y aquí el principio de orden actual, como los del pasado, señala que lo que ocurra en una región desolada y sin recursos naturales estratégicos, importa poco a los centros mundiales de decisión, que se muestran sin voluntad de invertir recursos militares, políticos o económicos en un conflicto que, como sea, no se considera que vaya a rebasar las fronteras de lo que es marginal.

Cuando la tragedia del Sudán ya estaba muy avanzada, Naciones Unidas hizo una advertencia general sobre sus consecuencias, pero todavía debió de correr más tiempo antes de que se presentara en la zona el secretario de Estado norteamericano, Colin Powell y pidiera poner un alto a lo que ya se califica de genocidio. El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas amenazó con vagas sanciones a las autoridades sudanesas si Jartum continúa tolerando los asesinatos masivos y la destrucción de pueblos enteros por parte de los Janjawid, las milicias árabes embarcadas en una campaña de “limpieza étnica”. Hasta hoy, el gran interés y eficacia mostradas por la comunidad internacional para hacer posible una colaboración como la que tiene lugar en Grecia, ha estado casi ausente en Sudán y no hay nada que indique que realmente el mundo va a poner la voluntad y los recursos necesarios para hacer efectivo el ultimátum dado a Jartum y salvar a los refugiados.

Irak.- Es en el complejo caso de la antigua Babilonia donde sí se están imponiendo con dureza las reglas que contiene el principio de orden que hoy interesa a la superpotencia dominante de inicios del siglo XXI.

Estados Unidos llevó a cabo en 2003 la destrucción del régimen baatista presidido por el terrible Saddam Hussein, en nombre de una lucha contra la proliferación de armas de destrucción masiva y contra la relación entre un gobierno sin legitimidad internacional y la organización terrorista islámica al Qaeda. Esa acción norteamericana no contó con el respaldo de una buena parte de la comunidad internacional, sobre todo cuando se comprobó la sospecha de que Irak no poseía armas de destrucción masiva ni había establecido una alianza con al Qaeda, sino que el verdadero propósito era sustituir al gobierno de Hussein por otro cercano y dependiente de Estados Unidos y que contribuyera rediseñar la estructura de poder del Medio Oriente según convenía a los intereses norteamericanos y de sus aliados.

El proyecto imperial inicial se topó con un mal diseño de la ocupación y reconstrucción de Irak, un país profundamente dividido por fracturas religiosas y étnicas. Y del caos inicial surgió un heterogéneo movimiento de resistencia donde lo mismo han estado antiguos partidarios de Hussein, que miembros de la minoría religiosa sunita y, finalmente, también elementos radicales de la mayoría religiosa chiíta. Nadie duda que en términos estrictamente militares, y al igual que lo hicieron otros imperios, Estados Unidos puede destruir a quienes se les resiste en Irak, pero el costo político está siendo alto y de seguir las cosas como van, puede serlo mucho más. Y es aquí donde se pueden ver ya algunos de los límites al tipo de orden imaginado por Washington.

En el plan original, los dirigentes norteamericanos supusieron que la invasión de Irak contaría con el apoyo o la tolerancia de la mayoría chiíta que había sido muy castigada por Hussein. Sin embargo, en la primavera de este año, el llamado Ejército del Mahdi, una milicia popular encabezada en la ciudad de Nayaf por el joven clérigo Múqtada al Sáder (de 31 años), inició una revuelta demandando el final de la ocupación extranjera. La legitimidad de al Sáder está ligada a su origen familiar –su padre, ya muerto, sigue siendo una figura muy popular entre los pobres chiítas– y desde una posición nacionalista y populista al Sáder amenaza con rebasar la autoridad del gran ayatolá Alí al-Sistani, un moderado con el que los norteamericanos esperan llevar a cabo su negociación política con el chiísmo.

La rebelión de la primavera en Nayaf no terminó con la derrota del Ejército del Mahdi, sino con un acuerdo triangular entre los norteamericanos, el gobierno de Bagdad impuesto por los norteamericanos y al Sáder. El as de los insurgentes chiítas fue y es su control de un sitio sagrado –el mausoleo del imán Ali, el cuarto califa (600-661) y considerado por sus seguidores el verdadero sucesor de Mahoma– que las fuerzas de

ocupación no pueden dañar so pena de poner abiertamente en su contra —y en contra del débil gobierno que desean legitimar en Bagdad— a la mayoría de los iraquíes y de la comunidad chiíta fuera de Irak. La tregua de la primavera se acabó a principios de agosto y desde entonces la lucha ha cobrado cientos de vidas de milicias y civiles chiítas en Nayaf y amenaza con extenderse a la propia Bagdad y más al sur, en Basra. Al momento de escribir este artículo, la batalla seguía.

La violencia y destrucción ocasionadas por la invasión de Irak y la que siguió con la resistencia sunita de Faluya, se pudieron justificar del lado norteamericano ya no como un esfuerzo por encontrar y acabar las supuestas armas de destrucción masiva pero sí como una lucha por la democracia y contra los remanentes de la tiranía de Hussein. Sin embargo, las actuales acciones contra las milicias del Ejército del Mahdi difícilmente pueden ya caer en esa categoría. Las autoridades norteamericanas justifican y legitiman su acción contra Múqtada al Sáder y sus seguidores, con el aval que les ha dado el gobierno de Bagdad, pero es imposible ocultar que ese gobierno no ha nacido de la voluntad de los ciudadanos de Irak sino de la voluntad norteamericana, arropada con dificultad por la intermediación de Naciones Unidas. Una posible salida de este callejón político para Estados Unidos, sería que el nuevo ejército iraquí que está siendo organizado y apoyado por los norteamericanos y sus aliados, sea capaz de controlar Nayaf, incluida la mezquita de Alí, y acabe con los insurgentes, que no son más que unos centenares, pero que se dicen dispuestos a “morir como mártires”. Sin embargo, por lo visto hasta ahora, la policía y el ejército del nuevo gobierno dejan mucho que desear y esa solución vía terceros no parece estar cerca.

Siempre es preferible un orden que se dice comprometido con la democracia que lo opuesto, pero dicho lo anterior, no hay duda que el orden que pretenden imponer al mundo los poderes que residen en Washington tiene muchos puntos de contacto con el de los

**imperios del pasado. El tener conciencia de lo anterior no resuelve el problema de la convivencia en la esfera internacional, pero puede ayudar a evitar que se repita lo que está sucediendo en Irak, a darle atención a tragedias como las de Sudán y a favorecer la cooperación y la civilidad como en Grecia. En suma, usar el pasado antiguo o reciente para enfrentar el presente y alumbrar el futuro, puede ser toda una ganancia.**